

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

## PARÍS

Una vez más he vuelto a París. Las ciudades dejan en nuestra memoria un mapa real y una personalidad imaginaria. París ha tenido siempre un gran talento para construir su propia leyenda. Creo que fue Oscar Wilde quien dijo que los ingleses buenos aspiran a ir a París después de morir. Larra contaba que un amigo suyo había vuelto de París con la noticia de que Dios no existía, “cosa que allí se sabe de muy buena tinta”. Creo que mi generación fue la última que lo creyó. Ahora, esa buena tinta está en

otras ciudades. Mi imaginario parisino se fue haciendo con las canciones de George Brassens y de Édith Piaf, con los escritos de Sartre y las mesitas del Flore, con los turbantes de Simone de Beauvoir y los cigarrillos de Camus. Más tarde, se rehízo al hilo de mis trabajos con el mundo de los impresionistas, los escenarios de la Revolución Francesa y la terrible huella napoleónica. En el mundo real, mi plano se va reduciendo cada vez más, me encanta el *Quartier Latin*, el bulevar de Saint-Michel, Saint Germain-des-Prés y el Sena.

¿Por qué les hablo de esto? Pues para hablarles de otra cosa. Cada uno de nosotros construye en la memoria un mapa del mundo, una representación de la realidad, que la interpreta, la mezcla con leyendas, la selecciona. Todos vivimos en la misma realidad, pero cada uno habitamos en nuestro propio mundo. Eso garantiza nuestra originalidad,

pero dificulta nuestra comunicación. Es cierto que los mundos personales se solapan, pero siempre en cosas elementales. Si miramos por la misma ventana, vemos paisajes muy parecidos, pero en la manera de evaluarlos comenzamos a distanciarnos. Este mapa mental propio es nuestro último punto de referencia. Margaret Mead describió las creencias de dos tribus vecinas. Los arapesh pensaban que el mundo era un lugar acogedor y que la tarea principal de los humanos era hacer que los niños y el ñame crecieran bien. En cambio, los mundugumor opinaban que el mundo era hostil, lleno de demonios y peligros, y que era preciso vivir preparados para atacar. Un perspicaz psicólogo, Guy Claxton, ha escrito: “Todos elaboramos teo-

**LA IMAGEN DEL MUNDO QUE ENSEÑAMOS A NUESTROS NIÑOS TIENE QUE ESTAR LLENA DE OPCIONES, CAPAZ DE CAMBIAR**

rías, vivimos con ellas y las comprobamos. Vivimos basándonos en una teoría personal –un mapa personal– de cómo son las cosas, y no podemos prescindir de ella. Todo nuestro conocimiento, experiencias, actitudes, expectativas, valores, opiniones y prejuicios forman parte de esa gigantesca teoría. Produce todos nuestros pensamientos, acciones, sentimientos y sensaciones”. Tal vez

exagere un poco, pero no cabe duda de que cuidar la representación del mundo, la teoría sobre él, que tienen nuestros niños es un objetivo básico ineludible. Pero ¿qué imagen del mundo debemos fomentar en nuestros niños y adolescentes? El asunto es comprometido, pero me atrevo a dar algunas pistas. Debe ser una representación veraz, capaz de modificarse mediante el conocimiento y la experiencia, rica en valores, llena de posibilidades, y que favorezca la comunicación. Cada una de estas características funda un proyecto educativo. Tomaré una que me interesa mucho. La imagen del mundo que enseñamos a nuestros niños tiene que estar llena de posibilidades. Hay mundos cerrados y mundos abiertos. Transitables e intransitables. Educar para la posibilidad es educar para la creación, la libertad, los proyectos, el emprendimiento, el optimismo. Los mundos cerrados condenan a la rutina, la sumisión, la desesperanza y el pesimismo. Pues manos a la obra. ■



Raúl